



Contra el
sueño de
los justos:
la literatura
peruana ante la
violencia política

Juan Carlos Ubilluz
Alexandra Hibbett
Víctor Vich

2.^a edición



Contenido

Introducción: Violentando el silencio	9
1. El fantasma de la nación cercada	19
2. <i>Los ilegítimos</i> de Hildebrando Pérez Huaranca: la literatura frente a la necesidad del acto	85
3. <i>La palabra de los muertos</i> o <i>Ayacucho en Hora Nona</i> : la desarticulación de la identidad hegemónica	113
4. En el Nombre-del-Padre: los cuentos morales de Luis Nieto Degregori	133
5. La risa irónica de un cuerpo roto: <i>Adiós Ayacucho</i> de Julio Ortega	171
6. La verdad cruel de Dante Castro	185
7. Violencia, culpa y repetición: <i>La hora azul</i> de Alonso Cueto	227

8. La novela de la violencia ante las demandas
del mercado: la transmutación religiosa
de lo político en *Abril rojo* 241
9. CODA: Juicio sumario de Ángel Valdez 255

INTRODUCCIÓN

Violentando el silencio

LA LITERATURA PERUANA HA SIDO UN LUGAR CENTRAL para la discusión sobre el conflicto armado y la violencia política. Más allá de representar lo sucedido, ella ha permitido la aparición de significados negados por el discurso oficial, así como de miradas novedosas que son sustanciales para desestabilizar ciertos patrones de pensamiento estéril. Desde su propuesta estética, el discurso literario ha sido también una forma de intervención política en un contexto en el que la discusión pública se encuentra entorpecida por silencios y olvidos.

Este libro parte de la idea de que la reflexión teórica que la literatura activa, puede interceptar una violencia que habita soterrada en la cultura y en las instituciones del Estado. Y es que la violencia no está hecha sólo de explosiones de pólvora y de dinamita sino también de imágenes y de palabras que la convocan y la perpetúan. Pues si bien el discurso oficial legitima el uso de la fuerza estatal en nombre de la legalidad de la democracia, no es difícil advertir en su revés una «ley nocturna», obscena, profundamente antidemocrática. Para ser más precisos, en el anverso del discurso que defiende los derechos de los ciudadanos de la república democrática, persiste un suplemento cultural colonial y oligárquico que no tiene reparos en transgredir los derechos de quienes no considera realmente ciudadanos. Sin este denegado suplemento cultural que habita tanto en el Estado como en amplios segmentos de la sociedad, la sistemática violación de los más básicos derechos humanos de las comunidades campesinas no hubiera ocurrido. En el Perú, el genocidio de Estado no hubiera sido posible sin la disposición de muchos ciudadanos a desentenderse de él.

Nuestro interés por la representación de la violencia política nace de la sorpresa ante la persistencia de ese «no querer saber» lo que ocurrió. Nos referimos al vergonzoso rechazo del Informe de la Comisión de la Verdad y de la Reconciliación por parte de la actual clase política, por las Fuerzas Armadas y por distintos sectores de la sociedad civil. Es como si al momento de sumar la palabra «Reconciliación» al nombre de la comitiva, ciertos grupos hubiesen hallado una buena excusa para olvidarse de la «Verdad», o al menos, para relegarla a un segundo plano.

Asimismo, el imperativo a reconciliarse a cualquier precio, incluso al precio de la verdad, está ligado a la prisa por subirse al tren de la globalización capitalista. Este hecho nos hace aún más conscientes de que el futuro del Perú se disputa en la construcción de su pasado. Así, por ejemplo, la idea de que las décadas de la violencia fueron una pesadilla inexplicable de la cual los peruanos finalmente hemos «despertado» es parte de un discurso que sacrifica el reconocimiento de la herida abierta en nombre de la captación de inversiones extranjeras. Todo esto no hace más que recordar la frase de Freud de que el hombre despierta del sueño no por algún estímulo de la realidad exterior sino porque el sueño mismo se ha vuelto demasiado candente; porque éste lo conduce hacia una revelación insoportable. En otras palabras, el hombre que sueña despierta para poder seguir durmiendo.

Si hay un deseo puesto en juego en este libro, es el de violentar «el sueño de los justos», vale decir, el de impedir un despertar indistinguible del dormir. Más precisamente, el deseo que anima estas páginas es el de remover un conjunto de sedimentadas representaciones sobre la violencia política que han venido circulando en los últimos años. Estamos convencidos de que sin una adecuada simbolización de ese trauma, todos los proyectos que hoy se emprendan en el país están condenados a repetir su herencia colonialista y oligárquica. A diferencia del presidente Alan García, quien pretende resolver el trauma histórico mediante una hiperactividad frenética, creemos que el Perú no avanzará sin un proceso de duelo.

Han sido dos, por ello, los propósitos de este libro. El primero ha consistido en develar los mecanismos retóricos mediante los que el discurso oficial sobre la violencia política es asumido actualmente por amplios sectores de la sociedad peruana. Si el público acepta parcial o totalmente este discurso es, sin duda, porque existen dispositivos que sutilmente suprimen otras posiciones. Pero, también, porque este discurso —y esto es lo que nos incumbe en tanto críticos culturales— se sirve de narrativas que adquieren legitimidad haciendo eco a un saber cultural inconsciente. Que Sendero Luminoso es una organización cuasi-religiosa compuesta exclusivamente por fanáticos y resentidos es un argumento cuyo poder persuasivo radica menos en su sofisticación que en su congruencia con un sentido común hegemónico que estigmatiza de patológico todo lo que irrumpe con violencia desde fuera de su dominio social. Nunca hay que olvidar que el sentido común es a menudo la represión común.

El segundo propósito ha sido el de analizar cómo la literatura peruana se posiciona con relación al discurso oficial. A veces, ella ha reproducido pasivamente un conjunto de narrativas de corte conservador; otras, las ha desafiado para incorporar nuevos puntos de vista hasta entonces invisibles. Mas no se trata aquí simplemente de condenar a quienes reproducen el discurso oficial y de aplaudir a quienes se separan de él, pues sabemos que no basta con violentar este discurso para cercenar su poder de reproducirse en la realidad. Como se lo hizo saber Lacan a los estudiantes en el contexto de mayo del 68, no es raro que en su desesperado intento por salir del sistema, el revolucionario caiga en la trampa histórica de promover el ascenso de un nuevo Amo. Por ello, nos interesa observar cómo la literatura que pretende ser contestataria puede acabar vistiendo el reverso de la camisa de fuerza hegemónica.

Por otra parte —y de manera, en apariencia, menos conflictiva—, este libro aspira a ser un aporte a la historia literaria en el Perú. Como se sabe, ésta ha sido dividida en diferentes corrientes estéticas, muchas de ellas pensadas sobre la base de determinadas transformaciones de la sociedad peruana. El indigenismo fue, por ejemplo, un momento crucial para entender la crisis de la «República aristocrática»

y los primeros intentos de mayor participación social, mientras que el surgimiento de la narrativa urbana registra la adopción de nuevas técnicas literarias que fueron de la mano con la aparición de una modernidad inesperada a partir de la migración a Lima y la fuerte andinización de las ciudades del país. En ese sentido, creemos que el tránsito del siglo XX al XXI se cierra y se abre con un considerable corpus de textos en los que la representación de la violencia política ha sido central y que ello posiciona a nuestra literatura ante innumerables retos estéticos y políticos.

Debemos aclarar, sin embargo, que en este libro estamos muy lejos de haber propuesto el canon principal sobre la violencia política. No pensamos haber estudiado los «mejores» textos, aunque sí algunos de los más representativos. De hecho hay otros textos sobre la violencia que consideramos centrales y que se tendrán que estudiar en su momento. Nuestra elección se debe únicamente a que vimos en aquellos la oportunidad de sacar a la luz ciertos sustratos discursivos de la realidad nacional que merecían un comentario. Nos referimos a esos discursos que velan las estructuras y los antagonismos sociales que dieron lugar al conflicto armado.

Es por ello que todos los capítulos de este libro se enfrentan a representaciones de la guerra interna que parecen guiadas por el deseo de negar la existencia de un odio al *status quo*. El capítulo uno examina cómo el fantasma de un mundo andino supuestamente «estancado» en un tiempo arcaico estructura las principales representaciones del conflicto. Desde el Informe de Uchuraccay hasta las novelas tanto de narradores criollos como de los andinos, se favorece la perspectiva de que el proyecto moderno no ha alterado en nada el vínculo entre el hombre andino y su tradición cultural. Este punto de vista invisibiliza la existencia de la modernidad andina y distrae a los lectores de estos textos de las preguntas más urgentes del conflicto: ¿cuál es la relación entre las truncadas aspiraciones modernas de los pobladores del Ande y el estallido de la violencia subversiva?, ¿cómo debería el «Perú oficial» reestructurarse para lidiar con esta modernidad singular, si es que se quiere evitar otras explosiones?

Los capítulos dos y tres examinan el fracaso de la nación peruana. Tanto la colección de cuentos *Los ilegítimos* de Hilderberto Pérez Huarranca como el poema de Marcial Molina *La hora de los muertos o Ayacucho en Hora Nona* muestran cómo la nación se ha constituido como una fantasía ideológica que actúa de soporte de una modernidad colonialista que segrega a los pueblos andinos. Dada esta situación injusta, ambos textos ponen en escena la necesidad de un *acto* violento que destruya las estructuras subalternizantes de la sociedad. No obstante, en ambos también se advierte el peligro de que el *acto* no haga más que invertir la posición de los actores sociales en el orden establecido, sin cambiarlo realmente.

A través de los cuentos «Vísperas» y «La joven que subió al cielo», el cuarto capítulo se encarga de sacudir el sentido común derechista de que los militantes de Sendero Luminoso estuvieron enceguecidos por la ideología comunista. Si algo queda claro de los jóvenes senderistas de Luis Nieto Degregori, es que hay siempre un sujeto que realiza una decisión ética. Ser militante no implica de por sí estar alienado en un dogma. El dogmatismo es una manera ideológica que ha encontrado el sujeto de gozar de aquello que le es impuesto por el superyó en el plano individual. La ideología de Sendero Luminoso puede bien ser un dogma sostenido por un Amo carismático (Abimael Guzmán). Pero es finalmente el sujeto del inconsciente el que decide alienarse en, o separarse de, una ideología que se enreda con un mandato superyoico.

El capítulo cinco examina cómo «Adiós Ayacucho» batalla por rescatar del olvido a los muertos en las fosas comunes. En este texto, Julio Ortega resalta la lucha de los pobladores andinos por impedir que el Estado nacional se desentienda de los genocidios perpetrados por su brazo armado. La peregrinación que el líder campesino Alfonso Cánepa realiza de Ayacucho hasta Lima en busca de su cuerpo (torturado y desaparecido por las fuerzas militares) revela la urgente necesidad de un cierre —simbólico y material— que haga justicia a los espectros que regresan en las ropas que hoy se exhiben para sus deudos en Putis. Evocando el gesto de Antígona, el líder campesino busca darle a los muertos una sepultura adecuada.

El capítulo seis se concentra en el cuento «La guerra del arcángel Gabriel» a fin de señalar que su narrativa construye un proceso de verdad que mina una serie de juicios simplistas sobre el conflicto armado. Para comenzar, contra el juicio humanitario de que los pobladores andinos eran víctimas atrapadas «entre dos fuegos», la narrativa introduce la perspectiva de que si se hallaban en esta situación era debido a su indecisión como sujetos políticos. Y contra el juicio multiculturalista de que el universalismo senderista no respetó a las autoridades locales de las comunidades andinas, ella revela que si Sendero Luminoso pudo faltarles el respeto es porque muchos campesinos estaban descontentos con ellas. Pero lo interesante es que este proceso de verdad no se enfrenta solamente a los juicios «políticamente correctos» de la izquierda contemporánea, sino también a los juicios conservadores que sirven de soporte de la iniquidad en el Perú. Así, contra el juicio iluminista de que el Estado peruano es fundamentalmente civilizador, el proceso de verdad revela que los excesos sistemáticos de la guerra antisubversiva son una evidencia del neocolonialismo inherente a la civilización «propuesta». Partiendo de esta premisa, el proceso se enfrenta al juicio conservador de que el estallido de la violencia subversiva tiene como origen la locura senderista, para luego sostener que el estallido fue una negativa rotunda a la herencia colonial de la nación y, consecuentemente, también, un acto que expresa el deseo de una modernidad alternativa de los pobladores del Ande. Mas lejos de constituir una justificación de la revolución senderista, el proceso sugiere, además, que la asunción del discurso teleológico de Sendero Luminoso, en el cual el futuro está ya escrito, profetizado, es una solución fácil a la angustia de tener que inventar una modernidad desde la apertura ontológica del acto.

Los capítulos siete y ocho estudian cómo las dos novelas más famosas sobre la violencia política —aquellas que han ganado premios en el extranjero, han sido publicadas por editoriales transnacionales y han difundido lo sucedido en el Perú en toda el habla hispana— reconstruyen, cada una a su manera, las causas de la violencia política y sus consecuencias en el presente. El caso de *Abril Rojo* es el más llamativo: en esta novela, el fundamentalismo se convierte en la clave principal para entender los excesos de la guerra interna, la

cual termina reducida a un fenómeno casi exclusivamente religioso. Lejos de constituir una mirada novedosa sobre el conflicto armado, el planteamiento de Santiago Roncagliolo no hace más que obedecer el mandato del actual mercado de *best sellers* internacionales posteriores al 11 de septiembre. Por su parte, *La hora azul*, se pregunta cómo debería recomponerse la sociedad peruana luego del conflicto armado y la respuesta parece conducir, no a un cambio estructural de la realidad social, sino a una pura transformación subjetiva. De esta manera, ante el embate de la «culpa social», la novela de Alonso Cueto parecer afirmar que el vínculo puede reconstituirse a partir de la limosna o de la dádiva.

El libro concluye con un breve ensayo sobre uno de los cuadros más importantes que la plástica peruana ha producido sobre la violencia política: *Juicio sumario* de Ángel Valdez. En él, se observa un perro ahorcado por una corbata de intelectual que se halla enganchada en el rodillo de una máquina de escribir. Pero a diferencia de los perros exangües que aparecían colgados en los postes de Lima al inicio de los ochenta (el correlato histórico del cuadro), el perro del cuadro de Valdez se retuerce y muerde la corbata del intelectual en un gesto de no resignación ante la muerte. Esta potente imagen escenifica el deseo que impulsa nuestra escritura: a saber, el deseo de luchar por mantener viva una verdad convulsiva (el perro) sobre la violencia política que resiste a los «discursos ilustrados» (la máquina de escribir) de los cuales se sirven tanto los ideólogos (la corbata) de Sendero Luminoso como del Estado peruano.

Así, inspirados en esta imagen de furiosa resistencia, en este libro hemos utilizado las herramientas de la actual teoría crítica a fin de desmontar una serie de construcciones discursivas que impiden la comprensión dinámica y compleja del fenómeno de la violencia política. Los soportes teóricos de los ensayos que conforman este libro fueron elaborados en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y en la Pontificia Universidad Católica del Perú a partir de diversos cursos de teoría literaria y de literatura peruana donde las relaciones entre la violencia política y sus representaciones simbólicas fueron centrales. Los tres autores dirigimos o asistimos a estos

cursos y fue allí donde comenzaron a aparecer las ideas expuestas a lo largo de este libro. De allí que si bien la mayoría de ensayos hayan sido escritos individualmente, todos apuntan hacia la obra colectiva. De hecho, el eco de las discusiones entre nosotros resuena constantemente en muchas de estas páginas.

Pero también debemos reconocer que nuestras ideas no habrían alcanzado la forma que tienen si no hubiésemos contado con los aportes de los amigos de siempre; estamos hablando de Gonzalo Portocarrero, Santiago López-Maguiña, Rocío Silva-Santisteban y Marita Hamann. Más allá de sus comentarios y observaciones precisas, nos hemos nutrido de largas y apasionadas conversaciones con ellos. En cierto sentido, nos hemos beneficiado de que ellos compartiesen con nosotros un rechazo radical a la actitud de no querer saber nada de aquello que perturba.

Durante las dos décadas pasadas, la nación peruana parecía destinada a desaparecer en un vórtice de violencia. Fue una época en que, como pocas veces en la historia, se hizo patente el vacío de la realidad nacional. No nos referimos, por supuesto, al vacío como ausencia (de legalidad, por ejemplo) sino al vacío material de lo irrepresentado, de lo que el Estado-nación nunca quiso hacerse cargo. En esos años apocalípticos, los peruanos insertos en el proyecto hegemónico se vieron confrontados por la furia de quienes no se sentían representados en él.

La situación política actual parece radicalmente distinta. Sendero Luminoso parece haber sido derrotado y el Estado anuncia victorioso el ingreso del país a una nueva era de bonanza. Pensar que los años noventa fueron los años dorados de la globalización, es haber caído en el error. Según los medios y el gobierno, lo mejor está aún por venir. Sólo es necesario trabajar sin quejarse ni prestar atención a nada que interfiera con la producción y la inversión extranjera.

El problema con esta profecía es que, al negar los antagonismos sociales que dieron origen al conflicto armado y que sobreviven a su conclusión, termina por condenarlos nuevamente al lugar de lo irrepresentado y así ensancha el vacío de la nueva realidad globalizada. Ante esta terrible ceguera histórica, hemos optado por repensar ese

momento de la historia del Perú en que el vacío se hizo demasiado lleno y se volvió una fractura mayor. Si hemos escrito este libro es porque creemos que lo irrepresentado de entonces sigue hoy sin representación. Si hemos regresado al pasado, es para devolverle su apertura al presente.

Juan Carlos Ubilluz

Alexandra Hibbett

Víctor Vich

Contra el lugar común de que en la literatura verdad y mentira son conceptos exclusivamente estéticos, este libro tan sugerente como polémico invita a pensar en la urgencia de una recepción ética de la literatura del conflicto armado peruano que logre perturbar el sueño de los justos. El despertar es violento porque implica derribar, de una vez por todas, el fantasma de la familiar oposición modernidad criolla/tradición andina de tal manera que se alcance a ver lo real de la singular modernidad del Ande, aquella que busca surgir y afirmarse más allá de las ruinas de "la nación cercada".

Utilizando las herramientas del pensamiento teórico contemporáneo, los autores nos ofrecen valiosas claves para desmontar una a una las capas del palimpsesto cultural que subyace al vasto cuerpo de la narrativa de la violencia. La operación no termina hasta llegar al fondo, donde se descubre el discurso antropológico del Informe de Uchuraccay que constituiría la visión oficial del significado de la guerra.

Contra este saber oficial se erigen los textos más desestabilizadores de la abundante literatura examinada. Estos buscarían articular, como lo hizo la Comisión de la Verdad y la Reconciliación (CVR) en su momento, un lugar de enunciación subalterno que sea capaz de representar lo no-narrado del conflicto, la herida que no ha cerrado, la historia que no ha concluido.

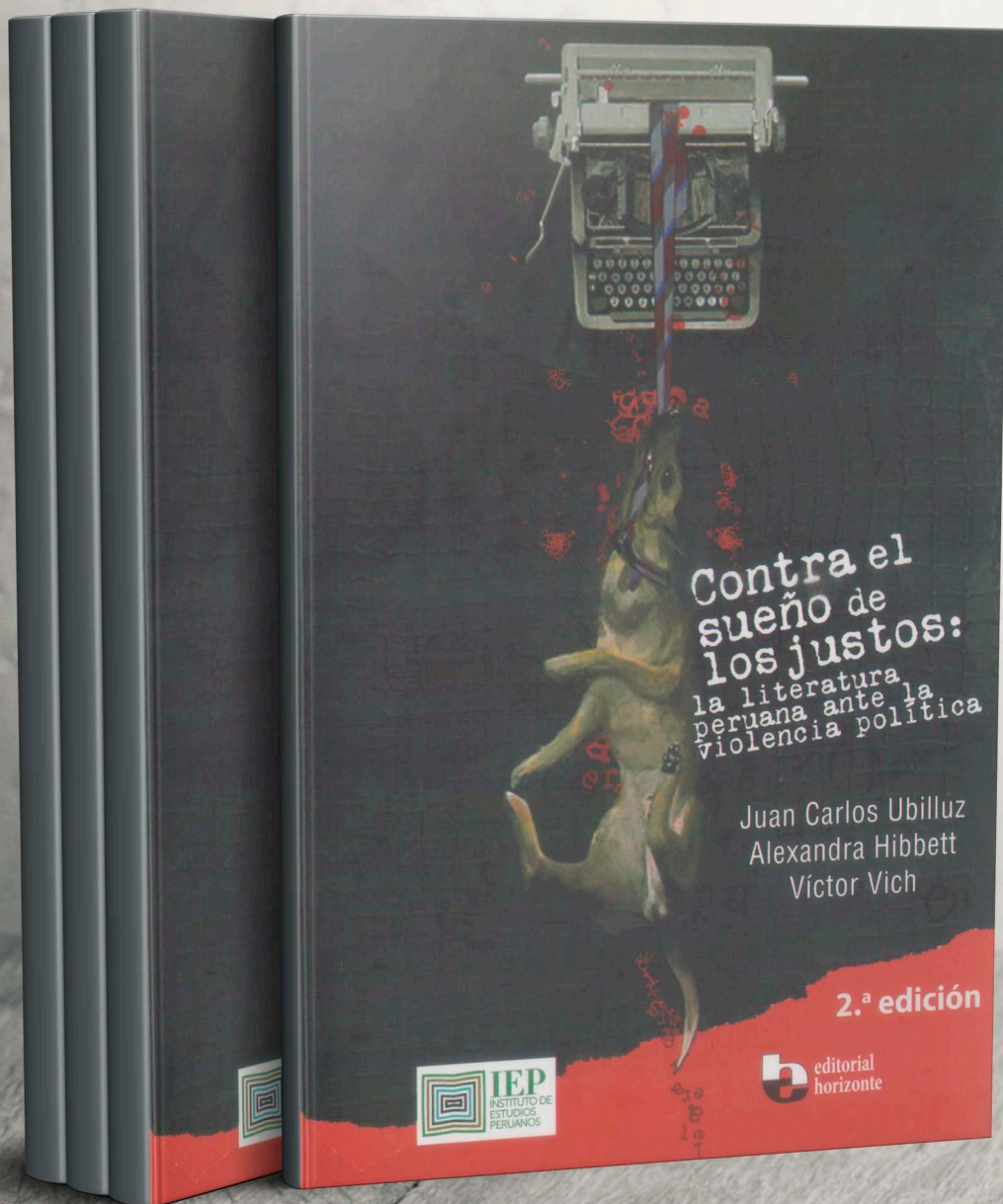
Escrito con una lucidez sin concesiones, Contra el sueño de los justos está llamado a convertirse en un referente obligado en el diálogo que ha de reabrirse si queremos dar verdadero punto final a una pesadilla apocalíptica que todavía hoy no se deja enterrar.

Francesca Denegri

ISBN: 978-612-47479-6-0



9 786124 747960



OFERTA
S/. 40



**ENVÍOS A NIVEL
NACIONAL**

PEDIDOS:

993 258 125

944 787 051



info@acuedi.org

AL COMPRARNOS

LIBROS

CONTRIBUYES

CON EL DESARROLLO DE NUESTROS

PROYECTOS

WWW.ACUEDI.ORG

